

VIAJAR a Magallanes no es cosa del otro mundo, como algunos creen. Está al alcance de cualquier viajero entusiasta, o de aquel que acostumbra "ir a Arica", siempre que alguna vez se le ocurra mirar para la otra punta de Chile y decidirse. Comprobará que el viaje es algo fuera de lo común, que su costo no difiere casi con el del puerto nortino, y que las mercaderías que se venden en Punta Arenas son de gran calidad, porque en esa ciudad están acostumbrados a comprar "bueno", desde mucho antes del puerto libre y de los compradores ocasionales.

La tradicional rivalidad comercial entre el Viejo y el Nuevo Mundo, muestra allí una clara ventaja para el primero: la fina ropa interior, suiza o alemana, desplaza a los nylons y stretchs norteamericanos; las camisas de popelina inglesa "miran por encima del hombro" a las Arrow; y hasta los cigarrillos europeos se permiten "pitar-se" a los Camels y Chesterfields, con filtro y todo...

Pero dejemos estas pugnas mercantiles y demos una mirada a esa sorprendente y atractiva región austral que visitamos.

Se vuela a Magallanes por una de las rutas más hermosas y extraordinarias del mundo. Luego de cruzar la región de los lagos, volcanes sureños, y de una breve escala en Puerto Montt, se avanza sobre las islas, golfos y canales de Chiloé, hasta alcanzar el blanco espinazo de la cordillera austral, que se muestra allí



Puerto Williams en la isla Navarino, el poblado más austral de Chile

Vinetas Magallánicas

espléndida y virginal, antes de hundirse en el extremo sur del continente y reaparecer entre las alburas antárticas.

Como en un paisaje lunar, los montes, filos y picachos descuelgan sus sábanas de nieve por farallones y acantilados, aprisionando apacibles lagunas o estrechos canales. Desde la altura se goza del maravilloso juego de reflejos azulosos que ofrecen los glaciares, y se puede seguir el curso de los ventisqueros que

Por Humberto Espinosa Correa

avanzan en busca de las aguas donde depositarán su ofrenda de hielos y témpanos, que irán después a la deriva.

Pocas veces ofrece la naturaleza a los ojos del hombre tal espectáculo de grandeza y majestuosidad. Es la ruta maravillosa del lago O'Higgins-San Martín, de las agudas torres del Payne y del Fitz-Roy, y de las

turquezas aguas del lago Sarmiento.

El éxtasis termina sólo cuando los bandazos del viento salen al encuentro del avión anunciando la proximidad de Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo.

He ahí la verdadera ciudad del viento. Y también la región de los cielos más bellos del universo, imposibles de captar en sus caprichosos matices, o de describir en la fantasía de sus trazos.

Bajo esos cielos aún late su novelesca historia de conquista y el recuerdo de los osados navegantes, de los aventureros, de los colonizadores y pioneros que en dura lucha con el clima, con los indios, el hambre y las rebeliones llegaron a cimentar la progresista ciudad que hoy se reune junta apacible y acogedora junto al Estrecho de Magallanes.



Cerro Balmaceda, Última Esperanza

No es aún una ciudad moderna, pero su grata presencia y natural señorío conquistan al viajero desde su llegada, una vez pasada la impresión del viento helado que lo recibe recordándole que ha llegado a "la antesala de la Antártida".

—¿Es verdad que el viento de Punta Arenas es tan tremendo?...

—Sí, en verdad es un poco alocado y sopla de todas partes a la vez, aunque los puntarenenses aseguran que sólo se trata del West. Como un muchacho calavera, se le siente en las noches trajinar por los tejados, enredarse en los alambres telefónicos, imitar maullidos larguísimo y empujar las claraboyas, silvando a las camareras del hotel e impidiéndoles conciliar el sueño; es por eso que a las pobres muchachas las abruma por las mañanas a timbrazos para despertarlas...

Durante el día sacude los árboles de la plaza, barre las veredas, va a dar una vuelta al aeródromo de Chabunco para saludar a los viajeros y regresa dando portazos por el vecindario. Los habitantes de la ciudad ya no se alarman con esas excen-tricidades y lo dejan seguir en sus diabluras. Pero a veces se le pasa la mano y entonces se cuentan terribles cosas de él, aunque

siempre más o menos divertidas, por lo que lo perdonan y lo quieren.

El visitante también se familiariza con su presencia a fuerza de encontrarlo en todas partes, terminando por echarlo de menos cuando por alguna causa se aquieta, o sale a "rumbiar" por las estancias más allá del Estrecho.

—Es que Punta Arenas, sin su viento, no sería Punta Arenas.

A 55 kms. de la ciudad está Fuerte Bulnes, sobre una elevación boscosa de la ribera que enfrenta a la angostura que forma la isla Dawson. El paseo es por un suave camino bordeando el Estrecho, que sirve para tomar el primer contacto con las bellezas de la región.

Las rústicas cabañas del bastión recuerdan la toma de posesión del Estrecho de Magallanes, adquiriendo la empalizada tal clima de autenticidad, que parece resonar aún entre sus construcciones el ajeteo de la historia, y sentirse en sus rincones algo así como la borrosa presencia de aquellos tristes personajes que sucumbieron de inanición y desesperanza en el Puerto del Hambre de sus cercanías. Por la penumbra de sus salas convertidas en museo se recorren con respeto las patéticas reliquias,

las armas y grabados de la época, exhibición que tiende a prolongarse hacia los patios donde montan simbólica guardia los viejos cañones, la caseta del centinela y la silente capilla que mira hacia el Estrecho como aguardando todavía el regreso de sus fieles.

Dejamos Fuerte Bulnes con la impresión de haber estado unos instantes en los umbrales del pasado...

Se cruza a Porvenir —tierra de grandes pioneros— en "cúter" o en avión. La travesía es de 4 hs. en el primero, y sólo 9 minutos, reloj en mano, en el segundo; más o menos lo que empleamos en ponernos el cinturón, sacarnos el cinturón y volver a ponerlo. Y cuando lo desabrochamos definitivamente, ya estamos en Tierra del Fuego.

Descendiendo desde las colinas con sus casas plomizas, Porvenir atisba a los recién llegados detrás de las cortinas de sus ventanas y escaparates. Desde allí se puede ir a Springhill, cuna del petróleo nacional.

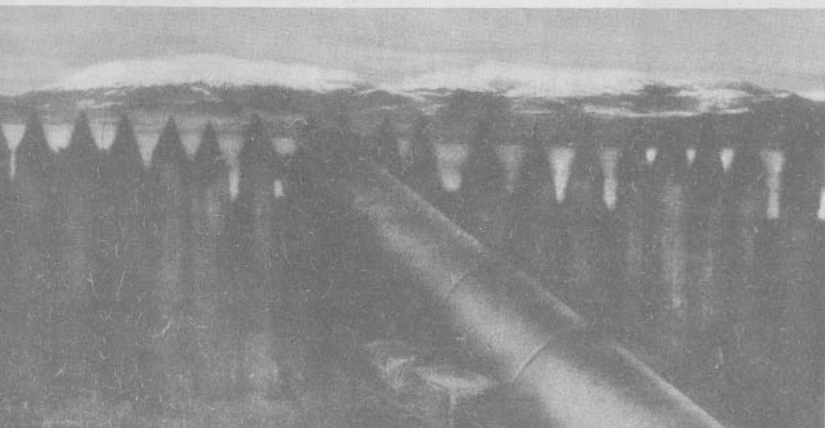
El viaje es por larguísimo caminos aparentemente solitarios. El paisaje es inmenso, casi plano, con distancias que parecen medirse por horizontes. No obstante su soledad, se percibe la fuerza que bulle tierra adentro laborando la riqueza magallánica, cuando algún detalle roza el camino: —maquinarias, camiones y terraplenes; allá al fondo, el alto caño de gas petrolero con su penacho de fuego; lejanas casas y galpones de esquila de una estancia, en el filo de un extenso pastizal señalando la industria lanar y las carnes frigorizadas. Sabemos que hay más —desde los lavaderos de oro, como en los viejos tiempos, hasta los criaderos de pieles finas—, pero seguimos adelante por esa vasta Isla Grande, cuyos lugares y nombres novelescos hemos leído alguna vez en las narraciones de aventuras, o en las descriptivas páginas de Coloane: "Gente Grande, Lago Cisnes, Bahía Felipe"...

Bajo el cielo cubierto, bandadas de bandurrias y caiques cortan el paisaje en su ir y venir desde los robles. Entre los chispazos de una laguna se mecen cisnes y patos en escuadras familiares. Y más adelante, como para no olvidar la dureza de la tierra, los pardos y sanguinarios "caranchos" se ciernen sobre los despojos de un centenar de ovinos muertos de pulmonía tras de su esquila.

—Es Tierra del Fuego.

Parecía que faltaba algo en nuestra gira fueguina y he ahí que aparece sobre los rubios mo-

Vista tomada desde el Fuerte Bulnes mirando hacia el S. O.



ños del "coirón" de una hondonada, el más característico hombre de la tierra, el ovejero. Va con su caballo, sus perros y su piño, como envuelto en un halo de serenidad que sube hasta sus ojos transparentes. Lo miramos con simpatía, porque no ignoramos la solitaria y sacrificada vida del ovejero, de su entereza para afrontar la adversidad, de su hombría cuando le toca salir en defensa de algún compañero o de sus perros, por quienes es capaz de dar la propia vida.

Arrecia el viento. El hombre ha bajado del caballo y sigue paso a paso, pitillo en boca, tras el oleaje blando de sus ovejas, inmutable a las ráfagas que lo bandean, fuerte y tranquilo dentro de sus botas, de su abrigo y de su boina.

—Que sople nomás el viento...

A nuestros ojos parece haber cobrado vida el monumento al Ovejero de Punta Arenas trayéndonos hasta esa hondonada las estrofas que en él pusiera José Grimaldi:

"Es un símbolo viviente del empuje y la paciencia frente al viento que lo curte y al silencio que lo aprieta".

En plena zona petrolera cerroro Sombrero es una pequeña "Brasilia" creada por la ENAP que sorprende, no se sabe si por su adelantado urbanismo, o por estar allí, en el corazón de Tierra del Fuego, donde imperan sólo las llanuras alambradas, el viento y el coirón.

El caso es que el visitante se encuentra de improviso dentro de una villa de alegre luz y colorido, de construcciones modernas, de jardines y limpias calzadas. El casino de empleados, tibio y espacioso, con los últimos adelantos funcionales del momento. La iglesia azulina, de aguda línea, cuyo techo empieza en la vereda misma cubriendo las hermosas maderas de su interior y las decoraciones finamente terminadas. Un "center", con el mejor cine de todo el sur, cuyo muro lateral multicolor encuadra a una plazoleta que da acceso a la audaz y arqueada estructura del gimnasio, del invernadero y de la amplia piscina, rodeada de inmensos ventanales, que no sólo dejan penetrar el sol desde cualquier punto, sino atraen los cielos magallánicos a su interior, como una nota decorativa incomparable. Si fuera poco, bajo ese feliz capricho arquitectónico, está la mejor cancha de palitroque de toda Sudamérica.

—Como para no creerlo, en aquel apartado extremo del con-



Parte céntrica de Punta Arenas

tinente, a más de 52 grados de latitud sur...

Al llegar a la planta petrolera de Manantiales, no se puede resistir el deseo de "posar" junto al blanco monolito que señala el lugar donde saltó el primer chorro de oro negro del país.

Después el visitante recorre las plateadas instalaciones, eleva su vista a las altas chimeneas, escucha el fragor de las maquinarias e indaga datos y estadísticas, en su afán de captarlo todo y sentir el derecho a compartir el natural orgullo de sus técnicos y obreros que, codo a codo, desde esa planta purificadora —pequeña tal vez, comparada con otras—, están señalando el ritmo de la explotación petrolífera del país.

Dejamos Manantiales y en las sombras del atardecer fueguino se destaca, aun a la distancia, la alta llamarada de su antorcha de escape señalando la nueva riqueza de la generosa tierra austral.

Rodando en la noche por el camino de Porvenir a bahía Inútil, al cruce de la playa de las Agatas, llega a nuestra radio la transmisión de los mensajes familiares: —"M. de V. avisa a su hermana de la estancia tal, que todos llegamos bien—. F. Ilano, de puerto Pescado, a su compadre L., que ya cumplió sus encargos. —El Dr. X., a la familia de la niña N., que ésta fue operada esta mañana y que está perfectamente"... Y así, innumerables recados y noticias de cálida solidaridad humana, llevando a través de las distancias y poblados la palabra amiga, el consuelo esperado.

No nos extraña. Desde nuestra llegada notamos el calor humano de sus gentes, en su hospitalidad cordial, en la respuesta amable, en el acogedor sillón que espera al visitante frente a cada chimenea encendida. Y es tradición que en toda casa hay alegres leños ardiendo, llamando

Monumento al Ovejero, en Punta Arenas



a la reunión familiar, a la buena convivencia.

Es posible que esa hogareña costumbre fuera traída por los esforzados pioneros —yugoslavos, ingleses, alemanes—, desde sus helados países. También es posible que sea el ancestro heredado de aquellos indios nativos que, para calentarse y reunirse, prendían enormes fogatas en las márgenes del Estrecho, valiéndole a la región el nombre de Tierra del Fuego. Lo uno y lo otro, refundidos, dieron más tarde a sus gentes esa estimable cualidad que hoy los distingue.

—“Si todos los hombres del mundo”...

Para tener una idea de lo grande que es la “Cueva del Milodón” —en las cercanías de Puerto Natales— basta pensar que en su interior puede albergarse un piño de 15.000 ovejas y sobrar lugar. El cálculo no es exagerado: —mide unos 95 mts. de ancho por 200 de fondo, formando “un solo ambiente” bajo el impresionante techo que a la entrada tiene 25 a 30 metros de altura.

En sus paredes circulares de material calcáreo-riposo han puesto los turistas sus fechas e inscripciones. Otros, más sociales, han dejado en ellas sus tarjetas de visita como una cortesía hacia el dueño de casa. Dicho “dueño de casa”, que era un tremendo animalote, existió y dejó allí sus huesos —por suerte— en la muy lejana época prehistórica, legando su pellejo a la posteridad, cuya mínima muestra se exhibe en el Museo Salesiano de Punta Arenas, con cerdas y todo.

Quien haya visitado aquella inmensa cueva, situada en la base de un gran morro que mira hacia la tranquila campaña, rodeada de lagos y cordones cordilleranos, puede fácilmente ima-

ginarse cómo explotaría el turismo en otro país tan extraordinaria obra de la naturaleza, rodeada de otros lugares que ostenta los sugestivos nombres de “Cueva de las Estalactitas, Isla de los Muertos, Puerto Consuelo y Silla del Diablo”, lo que le da cierta misteriosa atracción. Y ¿quién dice?, si para mayor exotismo hasta le hubieran inventado ya alguna leyenda misteriosa, o “el encanto” de un cavernario fantasma, para suspenso de los curiosos...

Nuestra cita con el Payne se cumplía aquella inestable mañana de marzo “a la suerte de las nubes”. El primer encuentro, a través de las rizadas aguas de color azul profundo del lago Sarmiento, lo presentaba tapado de brumas sobre el verdor de sus faldeos.

—Habíamos viajado largo desde Natales para conocerlo y no íbamos a detenernos por ello. El vehículo, tras dilatado rodeo, se interna a través de la apretada vegetación regional, sorprendiendo en su retiro a las avestruces, que huyen cerro arriba a grandes zancadas y a los guanacos que observan un momento y desaparecen. Hay rincones umbrosos, plácidas lagunas, agrestes hondonadas, por las que va el camino acercándose al macizo montañoso que empieza a desderezarse abrupto y azulino dentro de sus vestiduras vaporosas.

Es una hora larga de apasionante recorrido. Elevándose hacia sus 2.840 mts. casi absolutos, el Payne muestra la fuerza y hermosura de sus heridas rocas, en un espectáculo cambiante y extraordinario. Las nieblas ascendentes conquistan los “cuernos” de su enorme portezuelo y van luego a esfumar las “grandes torres”, que en su cuenca interior emergen del lecho de hielos, como gigantes centinelas de granito, perdiéndose allá en

lo alto, donde el sol no logra aún separar sus velos.

Es mediodía. La llegada a Pudento marca —metros más allá— el final del camino, reuniendo en ese punto de Última Esperanza la bravía belleza del aislado macizo con las alegres y espumosas aguas de su hermano menor, el Salto del Payne, que se despeña rumoroso entre los retorcidos robles de su compuerta natural, pleno de luz y colorido.

La visión luminosa dura sólo escasos minutos. Negros nubarrones se ciernen sobre la zona, apresurando el regreso. El Payne se torna hosco y la cerrazón lo va cubriendo hasta convertirlo —de lejos— en una enorme fortaleza dormida, perfilándose apenas bajo los oscuros vellones de ese temprano crepúsculo, que pone fin a nuestra cita con el señor de las montañas.

A la hora de partir no hay necesidad de echar monedas al agua, como en la Fontana di Trevi, en Roma, para asegurar el regreso a Punta Arenas. Basta comer algunos “calafates” e irse a la Plaza Muñoz Gamero a sobar —recomiendan besar— el dedo gordo del pie del indio que adorna el monumento a Magallanes. Con ello queda “hecha la reserva” para el próximo viaje.

Gracias a la tradición el famoso patagón —con su dedo brillante como el oro de tanto sobajeo— atrae en tal forma la atención de los turistas, que casi nadie repara en la magnífica belleza del grupo escultórico, ni siquiera dice un “Dios te guarde” a la bella que también figura en la base que sostiene al gran navegante.

Algún día ese dedo famoso terminará gastado. Porque el que visita Punta Arenas siempre, siempre, deseará volver...

H. E. C.

CALORIAS EXTRA



en el desayuno ideal para grandes y chicos, porque la Cocoa Raff es altamente nutritiva y de exquisito sabor y aroma.

¡Tradicional garantía para que sus niños crezcan sanos y robustos!

